



ILUSTRACIÓN: BROWN FRANCISCO

La sociedad inventa su propio mundo creando las significaciones que le son específicas y además son ellas las que estructuran las representaciones del mundo en general. Estas estructuras son siempre específicas. Aunque el proceso de identificación, en su especificidad, siempre es singular en cada sociedad históricamente constituida, la identidad afirmativa debe contemplar los procesos de identificación del otro. Si este decide vivir y desarrollar su identidad en la comunidad que yo habito, en la circunstancia geográfica que cobija mis rasgos identitarios, debo, en todos los casos, aceptar las nuevas reglas que se derivan de los procesos de adecuación de la diversidad de identidades. Es decir, no cabe, en ningún caso, defender la identidad propia a costa de rechazar la de los demás. En la convivencia de ambas - o de más, si fuera el caso - todas se obligan a replantearse permanentemente su propia identidad.

Identities.

Frontiers

Todo ser humano está encuadrado, de alguna manera, en un contexto social. Todos nosotros sin excepción pertenecemos, en mayor o menor medida, a algún tipo de comunidad. Nadie, independientemente de lo que afirmemos, está por encima de los vínculos que conectan al individuo con alguna comunidad y sin embargo, de acuerdo con Edward W. Said, aunque la supervivencia de la comunidad es un valor inestimable al que el intelectual está obligado a contribuir, la lealtad hacia la lucha del grupo para la supervivencia no puede llegar tan lejos como para anular su sentido crítico ni para dejar de plantear cuestiones de liberación política y críticas del liderazgo. Al intelectual le incumbe, creo yo, la tarea de universalizar explícitamente la crisis, de dar un alcance humano más amplio a los sufrimientos que haya podido experimentar una comunidad particular, de asociar esa experiencia con los sufrimientos de otros.

La sociedad inventa su propio mundo creando las significaciones que le son específicas y además son ellas las que estructuran las representaciones del mundo en general. Estas estructuras son siempre específicas. Aunque el proceso de identificación, en su especificidad, siempre es singular en cada sociedad históricamente constituida, la identidad afirmativa debe contemplar los procesos de identificación del otro. Si este decide vivir y desarrollar su identidad en la comunidad que yo habito, en la circunstancia geográfica que cobija mis rasgos identitarios, debo, en todos los casos, aceptar las nuevas reglas que se derivan de los procesos de adecuación de la diversidad de identidades. Es decir, no cabe, en ningún caso, defender la identidad propia a costa de rechazar la de los demás. En la convivencia de ambas - o de más, si fuera el caso - todas se obligan a replantearse permanentemente su propia identidad.

En el cruce de los movimientos migratorios nos vemos obligados a poner en cuestión la definición de identidad inamovible, a redefinirla permanentemente. La riqueza de la diversidad cultural hace de los procesos de identificación un constante viaje reflexivo hacia una identidad crítica. En este cambio de perspectivas si se desea defender una justicia humana básica, debe hacerse con todas las personas y no selectivamente con el pueblo que tu grupo, tu cultura o tu nación señalan como aceptable. Por consiguiente, el problema fundamental reside en cómo

“

Al intelectual le incumbe,
creo yo, la tarea de universalizar
explícitamente la crisis,
de dar un alcance humano
más amplio a los sufrimientos
que haya podido experimentar
una comunidad particular,
de asociar esa experiencia
con los sufrimientos de otros.

”

reconciliar la propia identidad y las realidades de las propias culturas, sociedad e historia con la realidad de otras identidades, culturas y pueblos para tratar de construir un proyecto laico y policentrista que pudiera plantearse como alternativa política y socioeconómica.

Los procesos de unanimidad identitaria son formas de dominación que contribuyen inexorablemente a la configuración de un mundo sin variaciones culturales. Por el contrario la existencia de cualquier minoría, sea cual fuere, es fundamental para contribuir a la construcción de una sociedad de acogida. Las culturas son híbridas, ninguna se identifica por completo con una comunidad.

La cohabitación cultural se convierte en una fórmula de convivencia que obliga a vivir en una permanente actitud crítica de aceptación, sin excepciones, de todas las manifestaciones culturales que estén contribuyendo a la construcción de nuevos procesos identitarios.

En este proceso de permanente construcción de la identidad es absolutamente imprescindible habilitar formular políticas que permitan un mayor grado de participación ciudadana para desarrollar mecanismos de profundización democrática, imprescindible para una eficaz cohabitación de las distintas culturas y sus manifestaciones. Esta actitud que debe plantearse de una manera radicalmente democrática obliga a disponer de un entramado

institucional que atienda a la complejidad derivada de la multiplicidad de necesidades que deben ser atendidas para mantener, en un difícil equilibrio, la dinámica de cambio y participación que requiere una estructura social y política integradora y a la vez respetuosa con la diversidad. Del mismo modo que las cuestiones de la libertad, la justicia, la equidad y la igualdad siempre pueden ser replanteadas en el marco del funcionamiento democrático de la sociedad, también la identidad puede ser interpretada a la luz de los nuevos comportamientos derivados de la pluralidad cultural. Es en este difícil equilibrio entre ética y política donde se encuentran los valores que configuran los nuevos marcos institucionales que acojan las diversas manifestaciones culturales que acompañan la complejidad de un sistema democrático capaz de respetar por igual cualquier identidad.

Construir la identidad desde posiciones únicamente historicistas y románticas ha determinado que la concepción tribal y geográfica se haya constituido en el eje central de las teorías identitarias. La conclusión más determinante ha sido una política de confrontación de distintas posiciones nacionalistas que han pensado sus correspondientes proyectos con fórmulas políticas y jurídicas del siglo XIX, concebidos más en términos de pasado que de futuro. Desde las imperialistas a las de carácter defensivo, pasando por las nacional-estatalistas, todas ellas derivadas de concepciones - desde mi punto de vista - anacrónicas.

Hoy la inevitable globalización organizada desde los centros de poder económicos y mediáticos nos obliga a pensar en una nueva cartografía que esté configurada desde otras ópticas políticas. La pluralidad de registros y las diferentes voces que configuran los nuevos mapas políticos derivados, fundamentalmente, de las grandes migraciones nos empujan a diluir las líneas que configuran nuestros espacios culturales.

Frente a esta concepción territorial, étnica o lingüística la apuesta por el desarrollo de un nuevo modelo político basado en el protagonismo ciudadano está generando una ilusionante disposición política que tiene a la ciudad como un eje laico que dispone y organiza de manera radicalmente diferenciada. La ciudad está menos sacralizada que la nación o el Estado. En unas declaraciones realizadas por Bernardo Atxaga a su vuelta de Atlanta se recoge este comentario que comparto:

«Básicamente se trata de construir una ciudad que pudiera englobar a todos los grupos que ya existen. Por ejemplo, grupos cuyo comportamiento sexual no es el convencional, los grupos que sienten antipatía por la lengua vasca y los que hablamos la lengua vasca y creemos que merece un lugar que no ha tenido en la ciudad».

El proyecto de ciudad democrática debe entenderse siempre en clave dialéctica. Pensar la ciudad como un laberinto desprovisto del sentimentalismo característico de las comunidades aferradas a una concepción originaria del mundo, intentando devolver a los mapas su función estrictamente descriptiva de manera que se pueda elaborar una nueva cartografía desprovista de lecturas de dominación. Cuando se piensa la identidad como el resultado natural de un proceso originario que se desarrolla en el tiempo intentando que se introduzcan las mínimas variantes posibles, se está aplicando un principio inmovilista que impide cualquier transformación. Como consecuencia se estructura un modelo de pensamiento que en ningún caso permite fisuras y por lo tanto deviene en una actitud permanentemente inmovilista.

Por el contrario, cuando la identidad se organiza en torno al ciudadano proyectado hacia el futuro, el origen se configura como una de las muchas variantes que determinan la pertenencia a una circunstancia cultural. Esta pluralidad multifacética permite acelerar los procesos de convergencia con otras comunidades que habitan nuestra realidad más cercana y posibilita una inmejorable disposición a asumir una actitud crítica y constructiva con las de otros lugares. La identidad en tránsito es por tanto la posibilidad de seguir siendo fiel a uno mismo sin tener que hacerlo a costa de los demás. Esta transitoriedad crítica no significa, ni mucho menos, la disolución de las peculiaridades sino una disposición diferente frente a objetos y los sujetos que configuran el espacio ciudadano. La reflexión sobre este sujeto/ciudadano aparece íntimamente vinculada al problema de cómo fundar una ética alternativa a la moral dominante que sea a la vez individual y solidaria, en definitiva, una ética laica que promueva las prácticas de libertad. Utilizando el neologismo de Paul Virilio podríamos hablar de hombre «trayectivo», habitante de la ciudad como lugar de los trayectos y de la trayectividad. Es el lugar de la proximidad entre las personas, de la organización del contacto. La ciudadanía se presenta por lo tanto como



El proyecto de ciudad democrática debe entenderse siempre en clave dialéctica. Pensar la ciudad como un laberinto desprovisto del sentimentalismo característico de las comunidades aferradas a una concepción originaria del mundo, intentando devolver a los mapas su función estrictamente descriptiva de manera que se pueda elaborar una nueva cartografía desprovista de lecturas de dominación.



la organización de los trayectos entre los grupos y los hombres. Virilio afirma que la cuestión del prójimo y del alejado es la cuestión de la ciudad. El prójimo es aquel que está a mi lado y con el cual formo la ciudad y defiendo el derecho de la misma. Hoy en día, si hay una solución para los problemas de la identidad está en la reorganización del lugar de vida en común. La lógica de los procesos permite múltiples formas de relación e interdependencia cultural en la «polis» republicana. Clifford Geertz habla de la necesidad de buscar un código común (semiótico) para poder comunicar en la diversidad y hacer posible una ética compartida.

De la misma forma que todos pertenecemos a algún lugar y por lo tanto vivimos de distinta manera por un múltiple determinismo, así del mismo modo por mucho que se diga que todos somos iguales, lo cierto es que somos realmente desiguales. Es por ello que los denominados hechos diferenciales no son más que constataciones de una realidad que sólo contribuye a fortalecer el principio de que todas las personas somos iguales ante la ley y ante los

demás. El principio de igualdad ante la ley debe ser aplicado estrictamente a todos aquellos que quieran vivir de manera diferente.

Para que este principio de igualdad pueda autentificar la sociedad democrática es urgente volver a situar a las personas en el centro de las preocupaciones de la política, dotándole de nuevos instrumentos y renovados códigos de comunicación. Al ser humano en tanto que ciudadano solidario. Solidario con su comunidad y con todas las manifestaciones culturales que en ella convivan. Disponer de recursos analíticos es fundamental puesto que es imposible plantear salidas a los conflictos con las categorías antiguas viciadas y desgastadas. La democracia convertida en retórica y desprovista de recursos se convierte en un instrumento al servicio de la perpetuación del sistema. Y éste, de momento, no ha demostrado ser capaz de abordar la multiculturalidad con garantías de éxito. Es, por tanto, urgente y necesario potenciar todo tipo de iniciativas económicas - fundamentalmente en el terreno de la educación y la acción cultural - para que los recursos de la *sociedad de la información* se pongan a disposición de la ciudadanía. Cualquier ciudadano excluido de los medios que le permitan interpretar los nuevos lenguajes mediáticos y telemáticos se convertirá irremisiblemente en analfabeto y, por lo tanto, en excluido social y político.

Es aquí donde la cultura de integración puede desarrollar un papel fundamental a la hora de definir marcos de actuación sociopolíticos que permitan una ciudadanía más libre.

Sin embargo, en ocasiones, algunos sectores ciudadanos, cercanos a posiciones políticas populistas, reivindican que la administración pública intervenga en sus programas culturales desde lo que denominan la cultura de la normalidad, es decir aquella que conocen, la que está descrita con los códigos que dominan; aquella que, de alguna manera, controlan y nos la presentan como la «cultura popular» y que casi siempre se instala más cerca de los acontecimientos folclóricos y costumbres domésticas que de las manifestaciones que requieren de una actitud intelectual activa y en disposición permanente de aprendizaje. Es definitiva, una cultura viva y dispuesta al desarrollo cognoscitivo.

Esta actitud crítica se manifiesta en un comportamiento bastante extendido y común a todas las sociedades. Del mismo

modo que en las manifestaciones xenófobas, esa disposición «popular» consiste en desconfiar, tanto de las personas con características físicas y comportamientos distintos de los suyos, como de las propuestas culturales y artísticas complicadas. Esta actitud que se reivindica como la normal es una manifestación más del miedo a lo desconocido. Evidentemente que un comportamiento sea habitual y corriente no significa, desde mi punto de vista, que sea normal. Lamentablemente, el ser humano tiende a desconfiar de lo que no conoce del mismo modo que teme a los que son diferentes de él, de los extranjeros, de lo extraño, de lo desconocido. Igual que el racista, el que reivindica únicamente la cultura para autoafirmarse es el que piensa que cualquier cosa que se aleje de lo que a él le resulta familiar amenaza su vida. Tiene un complejo de inferioridad y, a la vez, de superioridad. Las dos cosas vienen a ser lo mismo, puesto que su comportamiento, en un caso como en el otro, se basa en el desprecio. Necesita sentirse resguardado, seguro. No le gusta demasiado que le rompan sus esquemas y sus certidumbres. Tiende a desconfiar de lo nuevo. A menudo siente miedo de lo que desconoce. Teme la oscuridad porque no ve lo que ocurre cuando las luces están apagadas. Se siente indefenso ante lo desconocido. Se siente amenazado y atacado haciendo que el miedo le provoque agresividad.

No voy a negar la importancia que tiene la protección del patrimonio ni de las costumbres populares. Sería, por mi parte, una estupidez no reconocer la absoluta necesidad de contar con recursos simbólicos que contribuyan a formar y desarrollar los signos de identidad. Desde mi punto de vista, acomodarse en esa posición con respecto al hecho cultural es desde todo punto de vista legítimo, siempre y cuando esa opción patrimonialista se considere como un valor más, añadido a otros muchos que se manifiestan siempre en una permanente vocación transitoria. Por lo tanto, frente al inmovilismo y a la autocomplacencia, el desarrollo de la identidad crítica y transitiva debe disponer de recursos para construirse permanentemente ya que del mismo modo que la primera se coloca en la memoria y en la infancia la segunda puede instalarse, también, en el territorio del deseo, del futuro, del viaje, de lo que está por venir.

En ese punto de inflexión es donde la administración pública puede, en sus programas sociales, educacionales y culturales, desarrollar políticas de integración ciudadana en los nuevos discursos creativos. Puede, y entiendo que debe, posibilitar el desarrollo de programas que propongan nuevos códigos comunicativos que generen puntos de encuentro entre la tradición y la modernidad. De lo contrario estamos condenados a la permanente autocontemplación y autosatisfacción. Pun-

tos de encuentro entre las distintas formas de pensamiento, para favorecer a una ciudadanía abierta al conocimiento. La autocomplacencia sólo contribuye a hacer más grandes las diferencias. Propuestas culturales que enfrenten a los ciudadanos con los nuevos lenguajes creativos, que desarrollen nuevos códigos de comunicación intercomunitarios, que propongan espacios de reflexión no acomodaticios. En fin, propuestas para el próximo milenio que permitan desarrollar el patrimonio cultural de las próximas generaciones. Mirarnos únicamente a nosotros mismos supone una lenta agonía cultural y en definitiva la desaparición de la comunidad.

La permanente inversión en el desarrollo de la educación y el fomento de la cultura es la base de la creación de riqueza para la futura y cercana sociedad de la información. Educar individuos autónomos y creativos, capaces de gestionar el cambio continuo y de buscar y generar información, supone una apuesta por un futuro más justo.

Esta posición política orientada a la búsqueda de alternativas está tratando de encontrar espacios socioculturales para su desarrollo y al mismo tiempo, para su legitimación. A falta de una instancia reconocida que pueda otorgarla, queda la solución de expresar un tipo de preocupaciones que comparto con sectores críticos y beligerantes □

NOTA

«La gran aglomeración urbana, forma predominante de asentamiento en un futuro inmediato, congrega individuos y grupos con muy diversos referentes culturales y patrones de comportamiento. Sin un sistema de integración social y cultural que respete las diferencias pero establezca códigos de comunicación entre las distintas culturas, el tribalismo local será la contrapartida del universalismo global. Y dicha fragmentación cultural, al hacer del otro un extranjero y del extranjero un enemigo potencial en la competencia por sobrevivir, tiende a romper los lazos de solidaridad y las actitudes de tolerancia, poniendo en cuestión, en último término, la convivencia misma».

(Jordi Borja y Manuel Castells: *Local y Global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. P. 16.)

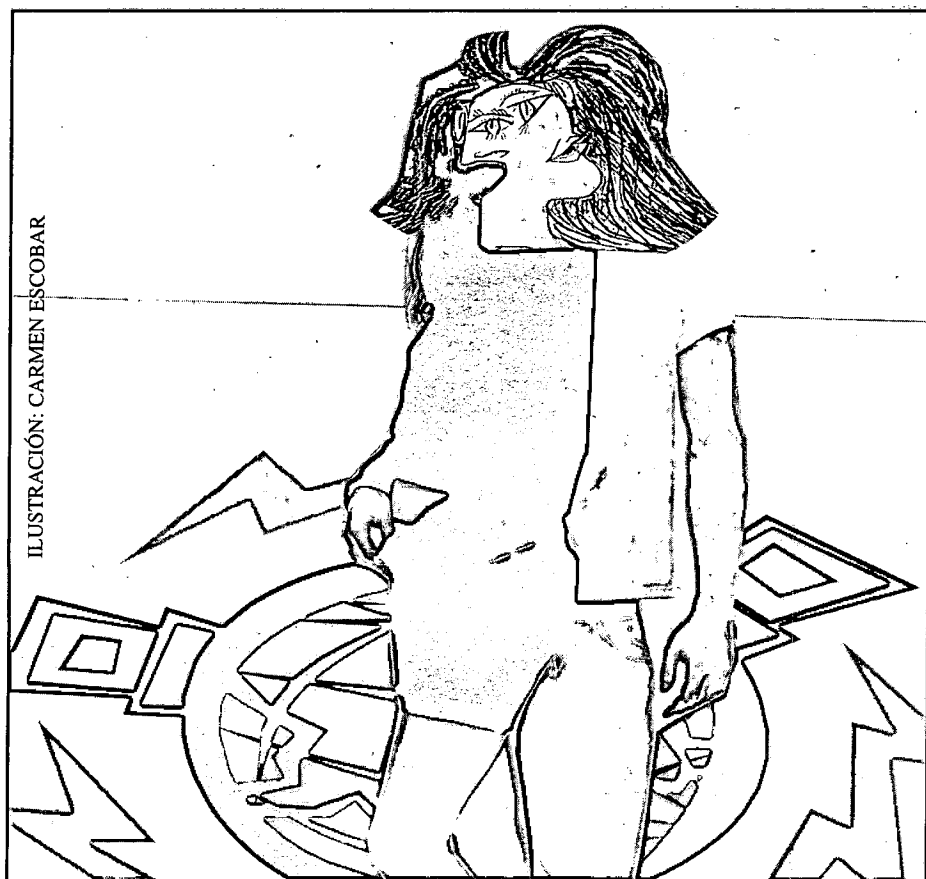


ILUSTRACIÓN: CARMEN ESCOBAR